

CARLOS REIS:

*Portugal ante la revolución  
de España: de Antero de Quental  
a Fernando Pessoa*



10

**Resumen:** A partir de la figura y obra de Antero de Quental, se revisa desde el punto de vista de los intelectuales portugueses las ideas de iberismo y federación. Quental reaccionó a la revolución de Cádiz, con el folleto Portugal ante la revolución de España y gran parte del contenido de ese folleto ya estaba resumido en el subtítulo: Consideraciones sobre el futuro de la política portuguesa bajo el punto de vista de la democracia ibérica. Antero había creado las bases para una libre discusión de temas y valores que venían a agitar la paz de Portugal, alejado de los grandes centros de producción cultural de Europa. Esta intelectualidad portuguesa se había lanzado a una empresa de más amplio impacto público. En ella se va a insistir en una línea de pensamiento político que contempla a Portugal y España de nuevo unidos. Este artículo repasará brevemente las líneas que vertebran Portugal ante la revolución de España, para caracterizar el contexto sociopolítico en que apareció este texto. El folleto de Antero incide en tres planos de análisis: el de la ponderación ideológica transnacional, el de la caracterización de los eventos de 1868 en articulación con esa ponderación y, finalmente, el de las consecuencias, para Portugal, de la revolución española.

**Palabras clave:** Antero de Quental, Iberismo, intelectuales, historia de España y Portugal, identidad cultural.

**Abstract:** From the figure and work of Antero de Quental, are reviewed ideas of Iberianism and federation from the point of view of Portuguese intellectuals. Quental reacted to the revolution of Cadiz, with the pamphlet “Portugal ante la revolución de España” and much of the content of this pamphlet was already summarized in the subtitle: Considerations on the future of Portuguese politics from the point of view of the Iberian democracy. Antero had created the foundation for an open discussion of issues and values that came to shake the peace of Portugal, away from the great centers of cultural production in Europe. This Portuguese intelligentsia had launched a company for wide public impact. It is going to insist on a line of political thought that includes Portugal and Spain together again. This article will briefly go over the lines that form the backbone of “Portugal ante la revolución de España”, to characterize the socio-political context in which this text appeared. Antero’s booklet affects three levels of analysis: the transnational ideological weigh, the characterization of the events of 1868 in coordination with that weigh and finally the consequences for Portugal of the Spanish revolution.

**Keywords:** Antero de Quental, Iberianism, intellectual history of Spain and Portugal, cultural identity.

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N.º2  
[www.uc3m.es/semiosfera](http://www.uc3m.es/semiosfera)  
eISSN 2341-0728

# PORTUGAL ANTE LA REVOLUCIÓN DE ESPAÑA: DE ANTERO DE QUINTAL A FERNANDO PESSOA

CARLOS REIS  
*Universidad de Coimbra*

Fecha de recibido: 22/11/2013

Fecha de aceptado: 18/12/2013

11

**E**n 1868, Antero de Quintal, un joven intelectual portugués nacido en Azores y recién licenciado por la Universidad de Coimbra reaccionó a la revolución de Cádiz, llamada La Gloriosa, con un folleto. Se titulaba *Portugal ante la revolución de España* y gran parte del contenido de ese folleto ya estaba resumido en el subtítulo: *Consideraciones sobre el futuro de la política portuguesa bajo el punto de vista de la democracia ibérica*.

Antes de empezar a analizar el significado del texto y sus efectos sociopolíticos, voy a recordar quién era su autor y algo de su breve, pero ya ruidoso trayecto literario, de su intervención sociocultural y de su importancia, en una generación de la que empezaba a ser el líder. Habiendo desencadenado la llamada *Questão Coimbrã*, una especie de rebelión poética contra el estancamiento y contra la retórica reverencial de la segunda generación romántica, Antero había creado las bases para una libre discusión de temas y valores que venían a agitar la paz soñolienta de un pequeño país alejado de los grandes centros de producción cultural de Europa. La publicación de su obra *Odas Modernas*, en 1865, supuso el origen de la polémica; en el posfacio que el joven poeta añadió a sus versos inflamados de idealismo panfletario, resonaba el carácter programático que los poemas también presentaban: la “Nota” sobre la misión revolucionaria de la poesía indicaba un programa radical: “Reconstrucción del mundo humano sobre las bases eternas de la Justicia, de la Razón y de la Verdad, con exclusión de los Reyes y de los Gobiernos tiránicos, de los Dioses y de las Religiones inútiles e ilusorias – es este el más alto deseo, la aspiración más santa de esta sociedad tumultuosa que una fuerza

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N.º2  
[www.uc3m.es/semiosfera](http://www.uc3m.es/semiosfera)  
eISSN 2341-0728

irresistible va arrastrando, aun contra su voluntad, en demanda del misterio tremendo de su futuro.” (en Reis e Pires, 1999a, 379)

Casi treinta años después del folleto consagrado a la revolución de 1868, Eça de Queirós trazó de este joven Antero de Quental el retrato póstumo que testimonia bien el ascendiente del poeta de las *Odas Modernas* sobre sus compañeros de generación: “Todos, desde entonces, esperamos de él la renovación de un mundo, de nuestro pequeño mundo, para nosotros inmenso”; “Antero”, manifiesta Eça de Queirós, “era no sólo un jefe – sino un Mesías” (Queirós, 2011, 297). No nos sorprende, por ello, que más adelante, en este testimonio de 1896 que Eça tituló “Un genio que era un santo”, él mismo, confesándose discípulo de Antero, describa así la intensa actividad intelectual y política de su amigo, al final de los años 60 y al comienzo de los 70: “Ardientemente había penetrado en el Movimiento Socialista, entonces iniciado en Lisboa con los fervores y los secretos poéticos de una religión. Simultáneamente había propagado el ideal de la unión ibérica, fundaba sociedades obreras, instalaba la Asociación Internacional, lanzaba panfletos, conspiraba, hacía apostolado... Era, como él decía, «un pequeño Lassalle».”(307)

Por este tiempo, aquel generoso agitador de la *Questão Coimbrã* se había lanzado a una empresa de más amplio impacto público. En ella se va a insistir en una línea de pensamiento político que contempla a Portugal y España de nuevo unidos: me refiero a las Conferencias del Casino, de 1871, esas mismas en que Eça de Queirós lanzó el realismo como alternativa literaria e ideológica al romanticismo historicista. Antero de Quental, a su vez, trata de indagar las “Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares en los últimos tres siglos”, en un análisis de incidencia histórica que reduce a esos “pueblos peninsulares” a los dos estados, Portugal y España; junto a esto y sin entrar aquí detalladamente en las tres causas (el catolicismo pos-tridentino, el absolutismo monárquico y el expansionismo extra-europeo), hago notar que, para Antero, *peninsular* es sinónimo de *ibérico*<sup>1</sup>. Además, de la entidad *península*

<sup>1</sup> La oscilación entre *peninsular* e *ibérico* se debe a que el adjetivo entró en el lenguaje político y cultural, en Portugal y en España, sólo a mediados del siglo XIX; es de 1851 el ensayo de referencia de Sinibaldo de Mas, *A Ibéria*, con edición portuguesa en 1851, anterior a la edición española (1854). -301. Cf. Lourenço e Dotras Bravo, 2010, 285.

se deduce, en el pensamiento anterior, un concepto de matiz romántico, el “genio peninsular”, ahora pervertido porque, según Antero, así “hemos sido en los últimos tres siglos: sin vida, sin libertad, sin riqueza, sin invención, sin costumbres” (en Reis, 1990, 105). No hay cómo ocultarlo: las razones sociales, económicas y políticas ampliamente aducidas para fundamentar la tesis de la decadencia no guardan armonía con la tonalidad idealista de ese “genio peninsular”.

Debo, entre tanto, salvaguardar lo siguiente: al final de su conferencia, Antero de Quental regresa a un tema central del texto *Portugal ante la revolución de España*. En el plano político, declara Antero en 1871, importa oponer a la “*monarquía centralizada*, uniforme e impotente” (una de las causas de la decadencia, no lo olvidemos) “la federación republicana de todos los grupos autonómicos, de todas las voluntades soberanas, ensanchando y renovando la vida municipal, dándole un carácter radicalmente democrático (...).” (127)

Estas palabras significan dos cosas. Una: el federalismo republicano e ibérico ocupaba un lugar importante en el pensamiento político de Antero de Quental y, por extensión, en el de algunos compañeros de generación. Otra: la revolución española de 1868 era la que había servido de episodio privilegiado para que se lanzase en Portugal la cuestión del régimen que habría de venir (la república, naturalmente) y también para que se vislumbrase un futuro político que no podía ignorar a la llamada *democracia ibérica*.

Falta saber qué consecuencias tuvo este brote de interés por las mutaciones que en España se anunciaban; y, no menos importante, porque es este terreno en el que me sitúo, cómo resuenan en el plano de las prácticas literarias los movimientos políticos y sociales que tienen lugar en el país vecino. En otras palabras: si es importante que recordemos (y esto ya se ha hecho muchas veces) los ímpetus de una reflexión republicana, federalista e iberista, en Antero y en muchos otros, no es menos importante discernir la dimensión real, el significado y los efectos de esa reflexión. En otros términos: saber si el árbol frondoso y algo panfletario del pensamiento anterior esconde un bosque en consonancia o en divergencia o incluso en conflicto con él.

Voy a recordar brevemente las líneas que vertebran *Portugal ante la revolución de España*, para después caracterizar el contexto sociopolítico en que apareció este texto. Y hago notar, ante todo, que el folleto de Antero incide en tres planos de análisis: el de la ponderación ideológica transnacional, el de la caracterización de los eventos de 1868 en articulación con esa ponderación y, finalmente, el de las consecuencias, para Portugal, de la revolución española.

Y así, si en España, en ese final de los años 60, parece empezar un tiempo histórico nuevo, este no es más que “el término último y naturalísimo de una serie de movimientos accidentados pero progresivos” (Quental, 1982, 218) iniciados en 1812; después: la democracia española apunta inequívocamente en un sentido, que es el de la república, pero esta sólo será efectivamente democrática si su gobierno es federativo (ejemplos presentados por Antero: la Confederación Suiza y los Estados Unidos de América); en Portugal, el impulso democrático y federalista que llegaba del país vecino debe ser asumido como ideal político; sumergida en la decadencia, la nación portuguesa se cree condicionada por una burguesía dominante desde 1834 (o sea: desde el triunfo del liberalismo): esta es una “clase desgastada e impotente”, indirectamente responsable de un síndrome de “atonía”<sup>2</sup> que (digo yo) recuerda la abulia diagnosticada por los intelectuales del 98 en la España finisecular; finalmente, la salida y la solución para esa debilidad anímica será inevitablemente la democracia ibérica y la política del iberismo.

En este texto y en otros similares, el discurso anterior no prescinde de palabras-clave que expresan bien las líneas maestras de un pensamiento todavía en consolidación, ante mutaciones históricas incipientes y que, en definitiva, se agotaron en el Sexenio revolucionario español. Esas palabras-clave (“misión”, “justicia”, “democracia”, “libertad” y “futuro”, pero también “decadencia”, “crisis” y “abatimiento”) manifiestan, ahora como en otros momentos,

<sup>2</sup> Dice Antero: “El mundo portugués agoniza, enfermo de *atonía*, tanto en la constitución íntima de la sociedad, como en el movimiento, en la circulación de la vida política.” Y más adelante: “En el mundo político la *atonía* se manifiesta por el debilitamiento de todos los centros locales, por la desaparición de toda iniciativa, independiente de la dirección oficial, por la sustitución de la bella y rica manifestación espontánea de las fuerzas libres y originales por un mecanismo artificial y mezquino, por el enfriamiento, por el empobrecimiento de la vida nacional en beneficio de una cosa falsa, artificiosa y estéril, la *centralización*” (Quental, 1982, 229-230).

el cariz idealista de un análisis muy marcado también por algunos nombres tutelares, con el de Proudhon en lugar destacado.

Esto no le impide a Antero de Quental elegir como cuestión fulcral el iberismo, tema, como sabemos, polémico y de amplia circulación en la historia de las ideas y en el imaginario portugués<sup>3</sup>. Recientemente, Jorge Urrutia lo ha abordado en un ensayo en que incide sobre este *Portugal ante la revolución de España* de que he hablado, extendiendo su análisis a autores como Fernando Pessoa, José Saramago y Natália Correia. En ese ensayo, se revaloriza la publicación, en 1864, en un recóndito periódico de Penafiel<sup>4</sup>, del enfático e inmaduro poema “Iberia”, por Antero de Quental, un poema entre tanto olvidado, tal vez hasta renegado por el poeta, y sólo recuperado en la publicación ya póstuma de los *Rayos de extinta luz*, y se recuerda además que el siglo XIX pos-liberal y políticamente muy turbulento tuvo en el iberismo una causa defendida muchas veces con ardor a ambos lados de la frontera<sup>5</sup>. Pero la causa iberista fue también, entonces como antes y después, una *vexata quaestio*, con cierta frecuencia exagerada por análisis que olvidan sus proporciones efectivas y las resistencias que sufrió. Justamente, Urrutia afirma que “el iberismo como teoría es una construcción de las élites políticas” (Urrutia, 2011, 141) y tiene razón; por eso mismo, quiero partir de aquí para hacer el contrapunto, en contexto literario, de los entusiasmos de Antero de Quental ante la revolución de 1868.

En la vida política, cultural y literaria portuguesa, antes y sobre todo después de 1868, hay algunos episodios que conviene recordar. Así: en 1865 la llamada *Questão Coimbrã* fue el episodio de enfrentamiento de un romanticismo convencional, conservador y nacionalista con otro romanticismo, este de cariz social y de postulación “revolucionaria” (como Antero la entendía, claro); esa polémica había sido anunciada por la crítica de algunos (Ramalho Ortigão, por ejemplo) a un largo poema narrativo hoy olvidado, el *Don Jaime* de Tomás Ribeiro, un

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, el libro de ensayos de Molina, 1990.

<sup>4</sup> Se trata del periódico *O Século XIX*, fundado por Germano Vieira de Meireles, amigo de Antero e interventor indirecto en la *Questão Coimbrã*, en especial por el análisis de las *Odas Modernas*, publicada en ese periódico, en agosto de 1865 (véase Brito, 1983, 153-166).

<sup>5</sup> Véase en este sentido la tesis de Pereira, 1995.

texto de flagrante entonación antiespañola y que hubo quien lo comparase a *Os Lusíadas* (nada menos). En 1867, la inauguración de la estatua de Camoens, en Lisboa, confirma, en el escenario urbano y con fiesta popular, un *ethos* de exaltación nacional, anticipando lo que serían las conmemoraciones del tercer centenario de la muerte de Camoens, en 1880. Después y en la misma línea, vino la inauguración del obelisco lisboeta de los Restauradores, en 1886, en ambiente de clara celebración independentista, y esto a pesar de ser evidente en él la influencia del urbanismo parisino.

El monumento de los Restauradores tenía una historia antigua. La idea de erigirlo venía de 1861, cuando se funda la Asociación 1º de Diciembre, cuyas intenciones, evocando la Restauración de 1640, estaban dirigidas “al enaltecimiento de la gesta histórica antiespañola, con el objetivo de inculcar el sentimiento nacional en la mentalidad popular” (Catroga, 1993, 565-566). Entre tanto, en 1871, las Conferencias del Casino le permitieron a Antero, como ya he dicho, hacer la apología de ese “genio peninsular” que urgía revitalizar, en tono de complicidad ibérica; pero debemos recordar que, también debido a la intervención anterior, las conferencias fueron prohibidas, en junio de ese año 1871. Antero de Quental se encierra, entonces, para componer un nunca redactado programa para los trabajos de la “nueva generación”, hasta reaparecer en 1875 con un nuevo proyecto iberista; nuevo, pero breve, pues la *Revista Occidental* no duraría más que seis meses<sup>6</sup>. Y así, el ideólogo de un iberismo fecundado por la revolución de 1868 iba saliendo de la escena pública; a causa de una crisis existencial que acabó en suicidio, se debilitaba el liderazgo anterior, seguramente también debido al desencanto provocado por el desenlace del Sexenio revolucionario español. Lo que no impidió que otros insistiesen en explorar el ideario iberista: sin detenerme a analizar sus méritos y sus limitaciones, la publicación, en 1879, de la *Historia de la Civilización Ibérica* de Oliveira Martins es un hito que no puede ser ignorado.

<sup>6</sup> En España, además, la idea iberista encontraba una notable oposición: “el manifiesto iberismo desplegado por demócratas y republicanos durante el Sexenio hará que moderados y conservadores se sientan cada vez más inclinados a identificar el iberismo con la ideología revolucionaria. Comprometida de esta forma, la idea iberista no sobrevivirá, como fuerza operante, a la Restauración; a partir de 1874 quedará recluida en núcleos muy minoritarios, acentuándose más cada día el mutuo desconocimiento entre los dos grandes pueblos peninsulares” (Ubieto *et alii*, 1972, 684).

Cuando llega el Ultimatum británico, en 1890, las atenciones y los resentimientos portugueses se vuelven hacia Inglaterra, hacia el destino de las colonias africanas y hacia las debilidades de la monarquía portuguesa, casi derribada el 31 de enero de 1891. Ese año tiene lugar el suicidio de Antero de Quental, uno de esos trágicos episodios que hizo que Unamuno plasmase la famosa imagen de los portugueses como “un pueblo suicida”. Lo hizo en 1908, año del regicidio que abreviaría el tiempo del régimen monárquico portugués y le abriría definitivamente el camino a una república finalmente instaurada en 1910, ya lejos de los entusiasmos provocados por la revolución española de 1868<sup>7</sup>. Es de ese año de 1908 el texto del rector de Salamanca sobre los suicidas portugueses y sobre las contradicciones que observaba en un pueblo triste, violento y aparentemente derrotado, pero que no había perdido la memoria de una cierta efeméride antiespañola. “Dentro de unos días”, escribe Unamuno, “el 10 de diciembre, celebrarán las fiestas de la restauración de su nacionalidad, de haber sacudido la soberanía de los Felipes de España. Al día siguiente volverán a hablar de bancarrota y de intervención extranjera.” La fecha está equivocada, pero la exclamación final para Unamuno está acertada: “¡Pobre Portugal!” (Unamuno, 1985, 175)

Antero de Quental no fue el único intelectual portugués que, motivado por la revolución de 1868 y por los incidentes del Sexenio, dejó reflexión doctrinal acerca del iberismo y del federalismo como una de sus soluciones políticas. En ese año 1868 y en los siguientes apareció un número considerable de folletos, sermones, cartas públicas, artículos de opinión y declaraciones personales, a favor y en contra de las tesis iberistas<sup>8</sup>.

En un plano distinto a toda esta producción (cuya mayor parte quedó rápidamente sepultada en el olvido), algunos textos de Eça de Queirós nos ayudan a relativizar el impacto de las intervenciones de Antero de Quental. Esto es significativo también por saberse que Eça, con alguna exageración circunstancial, se declaró discípulo de Antero (me refiero de

<sup>7</sup> En lugar de eso, sigue presente en 1910 la memoria de la crisis del *Ultimatum*: el himno nacional adoptado por la República fue compuesto en 1890, con letra de Henrique Lopes de Mendonça y música de Alfredo Keil, debido al episodio del *Ultimatum*, lo que obligó a alterar un verso (donde se oye “*contra los cañones*”, estaba “*contra los bretones*”).

<sup>8</sup> Envío de nuevo al estudio de Pereira, 1995.

nuevo al texto “Un genio que era un santo”); lo que no quiere decir que el gran novelista portugués haya acompañado acriticamente el pensamiento de su amigo<sup>9</sup>. Como vamos a ver, su posición, en lo que respecta a España y a la cuestión ibérica, fue de reserva, de precaución y de cierta ambigüedad, favorecida esta última por el registro ficcional en que Eça encuadró los temas aquí tratados.

Voy a referirme, antes de nada, a lo que llamaré ambivalencias queirosianas sobre España, representadas en imágenes puntuales que se encuentran en textos críticos y doctrinales de Eça. Hablo, en primer lugar, de un texto de 1871, escrito en la época del Sexenio y publicado poco después de la conferencia de Antero sobre la convergencia de destinos históricos de los pueblos peninsulares. Se trata de una de las *Farpas* – esos folletos satíricos escritos en colaboración con Ramalho Ortigão –, en que se hacía, en “páginas irónicas, alegres, mordaces, justas”, el análisis sarcástico de “algunos contornos del perfil de nuestro tiempo” (Ortigão e Queirós, 1871, 4). En este caso (el de la *farpa* de agosto de 1871), se denuncia la falta de calidad política y de dignidad del parlamento portugués, perdido en discusiones caricaturescas, “en perpetuo vendaval de insultos intercambiados” y ajeno a los grandes problemas del país. “Y, sin embargo”, avisa Eça, “¡España, mide pulgada a pulgada, la porción de nuestra libertad que se va enterrando en el lodo!” No queda claro el significado preciso de este comentario, pero tal vez se insinúe aquí que la atención con que España observa a Portugal no es inocente; y que esta esconde un velado propósito de obtener beneficio (no queda claro de qué forma) de ese fallo de la libertad.

Se conjuga esta imagen con el malestar causado por la decadencia portuguesa. Una decadencia que Antero reconocía en los “pueblos peninsulares”, pero que Eça, a su vez, quería ocultar a la mirada de los vecinos. “El país no puede en su honra”, escribía en octubre de ese año 1871, “consentir que los españoles lo lleguen a ver. El país está pobre, embrutecido, nulo, remendado, sucio, insípido.” Y más adelante: “¡Imaginemos que mañana llega ahí, con el vasto jadeo de la máquina, en uno de esos trenes sin pudor, una cohorte española, descaradamente

<sup>9</sup> Me he ocupado del tema de las diferencias de pensamiento y de doctrina literaria entre Eça y Antero (en Reis, 1999, 47-56.)

ilustre, estadistas, oradores, generales, literatos, pintores, profesores, arquitectos, periodistas, burócratas!... ¡qué vergüenza!” La “cohorte española” tiene nombres:

Imaginemos que esos políticos, esos oradores, esos parlamentarios, Sagasta, Martos, Pi y Margall, Nieto, Zorrilla, Rivero, Castelar, Cánovas, conservadores y revolucionarios, ministros y tribunos, filósofos y dialécticos, se van a sentar, un día de sesión, en las plateas descoloridas del palacio de *São Bento*: y ven, ¡piadoso Dios! nuestras cámaras, la nulidad de pensamiento, la baja trivialidad de palabra, la estrechez de intereses, las personalidades de regidores que se discuten, el abandono de todo decoro, los gritos y los insultos y los mentís, la compostura plebeya y grosera, las débiles condescendencias de los caracteres, lo *offenbachiano* de los temas, la ciencia que falta, la intriga que abunda, y el pundonor que sucumbe! (Ortigão e Queirós, 1871a, 81)

Eça no lo dice concretamente, pero va surgiendo en él el temor de que la consecuencia de una decadencia tan flagrante sea un desastre nacional llamado invasión. Es esto lo que se esboza en la audible manifestación del poder militar español: en esa imaginada visita a Portugal, al mismo tiempo que se ríen de la decadencia portuguesa, “¡los generales que vencieron en África y que vencieron en España” van “arrastrando llenos de desdén español el *plin-plin* de sus sables!”(81)

Antes de llegar al tema de la invasión, subrayo que la cuestión de España tenía mucho que ver con la ignorancia portuguesa (e incluso, en cierto modo, con la del mismo Eça) sobre la cultura del país vecino. En un texto de finales de los 80 que no llegó a publicar, Eça se ocupa de los excesos de la influencia francesa en Portugal, un tema traumático para el imaginario portugués, en particular desde el siglo XVIII y acentuado en los años de madurez del escritor. En esa especie de autobiografía generacional, conocida por el título “El ‘francesismo’”, leemos, ya al principio, una afirmación tan sugerente como cruel: “Portugal es un país traducido del francés en argot.” Después, Eça observa que “más allá de Francia nada se conoce” en Portugal; “de nuestra vecina España, nada sabemos. ¿Quién conoce ahí los nombres de Pereda y de Galdós?” (Queirós, 2011, 161). Curiosamente, Eça ignora aquí a Clarín (*La Regenta* es seguramente anterior al texto que estoy comentando), pero Clarín conocía la obra de Eça (véase Reis, 1999, 93 ss., Lourenço, 2005, 360 ss.). Ciertamente sin saberlo, el escritor portugués estaba bien acompañado del otro lado de la frontera: pocos años antes, en

1884, Emilia Pardo Bazán, que conocía bien Portugal y admiraba a Eça, formuló en *La Ilustración Ibérica* una crítica muy semejante a la de su cofrade portugués:

He visto con profunda pena que en Portugal tiene público cualquier novelista francés, hasta los de segunda fila (...) y en cambio se ignora hasta el nombre de Pérez Galdós, el Dickens peninsular! ¡Los mismos escritores católicos de ese país desconocen a Pereda, nuestro gran costumbrista realista, y Valera (...) poca más huella dejó de su paso [por Lisboa] que deja en el Océano la quilla de las naves. (véase Lourenço, 2007, 663-664)

Dejo de lado otros comentarios de Eça sobre la vida cultural y literaria española y me detengo en algunos pasajes de su ficción, tanto en la que el novelista escribió y publicó, como en la que dejó inédita e, incluso, en la que no pasó de proyecto abortado. Y realzo el significado de figuras, de episodios y de discursos que directa o indirectamente tienen que ver con la revolución de 1868 y con sus concreciones, o sea, con la sublevación de Cádiz, con algunos de sus protagonistas, con el periodo agitado del Sexenio revolucionario, con la primera República y con la restauración borbónica.

En esos años, transcurre también la formación literaria e ideológica del joven Eça de Queirós. Se trata de un tiempo de muchas convulsiones, fértil en revelaciones y entusiasmos, en crisis y mutaciones, y que, como he dicho, fue muy marcado por el ascendiente de Antero de Quental sobre Eça y por las iniciativas anteriores en pro de la llamada “democracia ibérica”: bajo la influencia de Antero fue como Eça colaboró en la efímera *Revista Occidental*, publicación iberista en portugués y español, en donde salió, en 1875, la mal acabada primera versión de *El crimen del padre Amaro*<sup>10</sup>. Remiten a esos años algunos escenarios, comportamientos, hechos históricos y gestos sociales y políticos que las ficciones de Eça acogen. Por ejemplo: la acción de *El crimen del padre Amaro* transcurre, *grosso modo*, entre finales de los 60 y mayo de 1871; la historia de *Los Maia* se extiende por varias décadas, pero establece su eje temporal en los años de 1875 a 1877, cuando estaba aún viva la memoria de la República en España.

<sup>10</sup> Esta publicación provocó un grave incidente entre Eça y Antero de Quental (que incluyó también a Jaime Batalha Reis). Supuso el principio de un creciente alejamiento ideológico y literario entre los dos amigos.

Debemos recordar ya que las ficciones de Eça no pueden leerse (y en ellas, los acontecimientos históricos y políticos que migran hacia el universo ficcional) sin tener en cuenta el registro de la ironía, de la caricatura y de la irrisión, que son marcas de agua muy fuertes de la estética queirosiana. Es en función de lo que queda dicho como hay que leer un episodio aparentemente menor de *El crimen del padre Amaro* (tercera versión, de 1880): el pobre João Eduardo, deshecho el romance con Amelia, a la que el padre Amaro había seducido, cena en Leiria, en un restaurante barato, con un republicano alborozado con lo que pasa en España. Cito: “La revolución de España lo había entusiasmado tanto [a Gustavo, el republicano] que quería hacerse miembro de la Internacional; y el deseo de vivir en un centro obrero, donde hubiese asociaciones, discursos y fraternidad, lo había llevado a Lisboa.” (Queirós, 2000, 595). Son, no obstante, las pequeñas razones personales las que motivan y condicionan a los dos revolucionarios de circunstancia; y el ardor de ambos lo enfrían rápidamente las dificultades de llevar adelante una revolución que, en definitiva, se limita a la euforia retórica del momento, todo satirizado de forma despiadada por la ironía queirosiana. Gustavo aún dice: “Se espera a ver cómo transcurren las cosas en España... ¡Y va a ser bonito! Todo depende de España...”; enseguida se transcriben, no obstante, las palabras prudentes e interesadas del propietario y burgués, dueño del restaurante:

Pero al tío Osorio, que había juntado algunos ahorros y comprado una finca, le horrorizaban los tumultos... Lo que se quería en el país era paz... Sobre todo, lo que le desagradaba era que se contase con los españoles... De España, deberían saberlo los caballeros, ¡ni buen viento ni buen casamiento! (Queirós, 2000, 597)

Está más elaborado y ha sido citado muchas veces lo que se lee en *Los Maia*, también durante una cena, aunque esta reúne en la capital del reino gente de la política, de las finanzas, de la aristocracia y de la literatura. Pasada ya la revolución en España (el episodio de *Los Maia* se sitúa en 1876), se vive todavía el rescoldo de un tiempo fuertemente condicionado por la política española, por las discusiones en torno a ella y por el impacto en Portugal de algunas de las personalidades más destacadas de ese tiempo (recuérdese que en 1874 Emilio Castelar había visitado Portugal y había tenido una recepción triunfal en Coimbra).

Pues bien, para João da Ega uno de los personajes de *Los Maia*, la decadencia de Portugal no se soluciona con reformas: “lo que Portugal necesita es la invasión española.” (Queirós, s.d., 167). La propuesta causa indignación, principalmente en el poeta romántico, patriota y conservador Tomás de Alencar. No se trata, con todo, de anunciar la pérdida de la independencia; “un temor tan estúpido”, aclara Ega, “era propio de una sociedad tan estúpida como la del Primero de Diciembre.” (167). De lo que se trata es de entender la invasión como motivo de regeneración nacional. El raciocinio del personaje – un raciocinio que el carácter provocador y sarcástico de esta figura obliga a relativizar – cierra con estas palabras: “Muchachos, nada regenera a una nación como una tremenda paliza... ¡Oh Dios de Ourique, envíanos al castellano! Y usted, Cohen, pásame el saint emilion.” (168)

No me extendiendo en más comentarios. Me limito a este: todo ocurre y se agota a la mesa de un restaurante de moda, con frivolidad y ligereza, sin más resultado aparente que el de favorecer la degustación de un vino de Burdeos; un vino francés, inevitablemente. Y de este tema – que Antero de Quental jamás trataría en los términos corrosivos e ideológicamente destructivos a que la irrisión queirosiana induce – los comensales pasan en seguida a otro, con parecida ligereza y frivolidad.

Cualquiera que fuese la justificación para traer a colación la invasión española, la verdad es que esta no era (ni podía ser) una cuestión pacífica, especialmente en un escenario europeo en que las disputas territoriales y las luchas por la hegemonía de grandes espacios geopolíticos tardaban en serenarse. Todavía en los años 70, Eça de Queirós volvió a esta materia, cuando esbozó un proyecto literario que perjudicaba a las tesis iberistas de Antero y de algunos otros. Resumo lo que ocurrió, a partir de lo que se sabe por la correspondencia del escritor con su amigo y confidente Ramalho Ortigão.

En una carta del 10 de noviembre de 1878, Eça describe ese proyecto: se trata de un relato centrado en una invasión de Portugal por España, a través de la frontera de Caia, lo que explica el título: *La Batalla de Caia*. La invasión, presentada en el cuadro de un vasto movimiento de anexión de pequeños estados por grandes potencias, tenía un declarado potencial de escándalo y, por eso, prometía ganancia comercial para el libro. Sabiendo Eça que

“el burgués aprecia la rica escena de depravación” (en esta expresión resuena el éxito de *El Primo Basilio* y de su componente erótico), “ha de tenerla: sólo que esta vez es violada su propia hija, en pleno huerto, por el brutal catalán de los dragones de Pavía” (Queirós, 2008, 212). El escritor vacila, sin embargo, pues estaba dudoso respecto a la dimensión del escándalo; y expone en estos términos su pensamiento íntimo:

*Ma pensée intime* es esta: que el libro (siendo útil como un medio de mostrarle al país las consecuencias de prolongar tan horrorosa condición de rebajamiento) – es, por un lado, inoportuno, por otro un ataque de hoja en hoja a la vecina España: y sirve por lo tanto únicamente para producir irritación. Por eso tal vez fuera mejor que no se publicase. (Queirós, 2008, 214)

Y fue lo que sucedió. El libro no salió adelante, también porque Ramalho Ortigão criticó con severidad lo que le parecía (y era) un acto de oportunismo comercial y de falta de ética profesional. Nos quedamos, así, sin saber si se cumpliría la profecía de João da Ega en la escena de *Los Maia*: “– ¡Muchachos, al primer soldado español que se presente en la frontera, el país en masa huye como una liebre! ¡Va a ser una desbandada única en la historia!” (Queirós, s.d., 169). Lo que quedó de esta idea – enteramente opuesta a todo designio de armoniosa y voluntaria integración ibérica – fue otro relato, titulado “La catástrofe”, que Eça dejó inédito<sup>11</sup>; en él subsiste el tema central de la invasión, pero el invasor ahora es, de forma vaga, una potencia extranjera no identificada. Así, por lo menos, no producía irritación...

Quedó también inédita y hasta inacabada – lo que significa: no tuvo impacto público en la época – la novela *¡La capital!*, publicada póstumamente en 1925<sup>12</sup>. De todos los textos queirosianos es en este que España, la perspectiva de la república y la comunión de intereses ibéricos son más significativamente representados. La clave ficcional de nuevo favorece el registro de la ironía y de la representación satírica. Se trata de una novela de formación, en la que el provinciano Artur Corvelo, llegado a Lisboa con una herencia rápidamente dilapidada,

<sup>11</sup> Publicado por primera vez en 1925 e integrado en el tomo *Contos II* de la Edição Crítica de las Obras de Eça de Queirós. (Queirós, 2003)

<sup>12</sup> Son hoy conocidas las intervenciones, algunas de carácter censorio, del editor de esa primera edición (y que fue un hijo de Eça) en un manuscrito que en varios pasajes presentaba incoherencias y lagunas. Véase, en este sentido, la edición crítica preparada por Luiz Fagundes Duarte, Queirós, 1992.

desea esa proyección pública que la condición de poeta y la militancia política deberían garantizar. Como en los modelos balzaquianos, Artur pierde rápidamente las ilusiones de alcanzar la relevancia social y literaria que se le niega, en una capital tan provinciana, al final, como quien la observa.

Que no se espere del protagonista de la novela más que el deslumbramiento con que mira la realidad social y cultural de Lisboa. Ya en el momento de su instalación, en el hotel Español, Artur se cruza con figuras y con referencias alusivas al tiempo político del Sexenio, presumiblemente ya terminado cuando transcurre la acción de la novela. Esto tiene lugar en cuanto el personaje entra en el comedor del hotel:

Artur admiró un momento las altas fachadas fronterizas, ¡«tan nobles»! Después, escuchó a los españoles, que engullían y hablaban bajo, desconfiados; y habiendo distinguido los nombres de Castelar, Pi y Margall, Contreras, Salmerón, concibió enseguida una inmensa admiración por ellos. Eran republicanos perseguidos; seguramente habían luchado en barricadas, conspiraban; y como uno de ellos extendiera el brazo hacia las aceitunas, Artur se apresuró a acercarle el plato respetuosamente. El individuo dijo, con gravedad, «*gracias, caballero*», y Artur, muy lisonjeado, pensó que más tarde podría conocerlos, oírles contar episodios históricos, junirse a ellos en simpatías revolucionarias!... ¡Qué buena idea la de haber venido al *Español*! Todo allí le agradaba – el aparador barnizado, el espejo con el marco protegido por una gasa de color rosa, y el retrato de Prim, en un caballo empinado, agitando un estandarte. (Queirós, 1992, 184)

Infelizmente, los nombres de Castelar y Salmerón y el retrato de Prim no bastan para configurar una conciencia política como la que los ideólogos portugueses de la unión ibérica, de la república, del federalismo y del socialismo deseaban. De este modo, ¡*La capital!* es la sátira de un cierto espíritu revolucionario propenso a la retórica y a veces inconsecuente, muy lejos de la realización de esos ideales. Un ejemplo: al conocer a un supuesto revolucionario español, a Artur le sorprende “la grandeza de sus planes políticos, anticipándole la visión de una gran federación de republicanos latinos, en oposición a los despotismos sajones y eslavos”. (Queirós, 1992, 344). Infelizmente, la grandeza de esos planes cede sitio a algo más banal: el revolucionario español huye con la amante de Artur, también española. Duro golpe en las convicciones republicanas e ibéricas y motivo del furor del amigo Melchior: “¡extendió su odio

del español a toda España, cubrió de vituperios a esa nación ilustre (...)! ¡Y todavía hablaban de Unión Ibérica! ¡Que viniesen a él!” (357)

Ningún pasaje de *¡La Capital!* expresa mejor las limitaciones que estoy señalando que aquel en que se describe una reunión del Club de los Republicanos, a la que Artur Corvelo asiste; se trata de una caricatura extremadamente cruel de la retórica revolucionaria y conspiradora y también de las contradicciones ideológicas y de los intereses personales que afectaban al restringido grupo de los que combatían a la monarquía. En los personajes enfocados sería incluso posible descubrir, si mi camino fuese ese, los rostros de algunos ideólogos republicanos y socialistas de la época, incluyendo al propio Antero de Quental. Me basta, por ahora, subrayar algunos momentos del episodio: bajo la mirada ingenua de Artur, se discute la instauración de la República en Portugal y se habla de lo que serían “los trabajos urgentes” del club republicano: fundar un periódico, atraer a militares, congrega a los liberales. Es en ese momento cuando llega la referencia a España:

El *club* debía hacer un manifiesto a todos los liberales, recordaba otro, debían ponerse en comunicación con los republicanos españoles: este proyecto pareció desagradarles: algunos le veían un odioso sabor ibérico... ¡Pero la salvación de la Península era la república federativa!... Y además, para hacer república, son necesarios dinero y armas... ¿De dónde habían de venir? ¡De España!

- Nada de españoles, nada de españolas.
- Españolas sí, dijo un chistoso. (298)

No es necesario añadir mucho más. Si la vecindad de España no puede ser ignorada, la resistencia al “odioso sabor ibérico” de la propuesta trae a la superficie traumas que ni la solidaridad revolucionaria ocultaba. Y el chistoso que invoca a las españolas no se limita a desmentir la supuesta seriedad de una reunión política que la ironía de Eça desmitifica. Para ese personaje, tal vez de España no lleguen dinero ni armas, buenos vientos ni buenos casamientos, pero llegan, sin duda, el salero y el erotismo, tópicos aplicados a la colonia de españolas que circulaban en los ambientes bohemios de la Lisboa del XIX.

A pesar de que, como he dicho, Eça de Queirós no terminara esta novela, lo que he citado ilustra una mentalidad, las imágenes que la poblaban y flagrantes oscilaciones en la

valoración de España y de los españoles, en el tiempo que siguió a la revolución de 1868. En otras palabras: las opiniones divergentes formuladas en el Club de los Republicanos y la ocurrencia de mal gusto acerca de las españolas son válidas como emblema de época y de representaciones vigentes; y también como evidencia de que la doctrina de Antero acerca de la “democracia ibérica” difícilmente triunfaría en un escenario como el descrito.

Hasta despuntar en el panorama literario el astro Fernando Pessoa, sucedieron muchas cosas en la vida política y social portuguesa. Recuerdo algunas de ellas: el *Ultimatum* británico de 1890, que eliminó la presencia de Portugal en vastos espacios coloniales africanos (el *Ultimatum*, conviene decirlo, despertó en España reacciones combinadas de solidaridad y conmiseración, aliadas a la creencia manifestada por algunos de que la unidad ibérica habría mantenido a los ingleses respetuosos); a continuación, la abortada tentativa de implantación de la República, en 1891, acompañada de una bancarrota parcial; en 1907, todavía en el tiempo de la Monarquía, la dictadura de João Franco; el año siguiente, el asesinato del rey Carlos y del príncipe heredero Luis Felipe; la proclamación de la República en 1910, con el consiguiente exilio de la familia real.

Todos estos episodios y otros semejantes están, de una manera u otra, presentes en la reflexión de los intelectuales portugueses de finales del siglo XIX y principios del XX, con dos puntualizaciones: se atenúa la idea iberista, incluso porque la crisis española de 1898 la había hecho menos atractiva; en el plano literario, la generación de Eça, en parte capturada por la actitud del *vencidismo*<sup>13</sup>, afectada por el suicidio de Antero y por cierta inclinación ideológica de tipo conservador, va perdiendo vigor para la intervención.

En 1915 aparece la efímera revista *Orpheu*. Está entonces definitivamente lanzado en Portugal el modernismo (téngase en cuenta que en la historia literaria portuguesa la expresión no corresponde conceptualmente a lo que se designa como modernismo en España), uno de los más innovadores movimientos estéticos que surgieron en la Europa del siglo XX. Para lo

<sup>13</sup> Se llama *Vencidos da Vida* al grupo de intelectuales, políticos y escritores que en los años 90 se reunieron en varias cenas-tertulia en Lisboa. Entre los *Vencidos da Vida* estaban Eça, Oliveira Martins, Ramalho Ortigão y Guerra Junqueiro.

que aquí me interesa, subrayo que la generación de Fernando Pessoa y de Mario de Sá-Carneiro fue justamente una de las que en Portugal quisieron romper con el estigma de ser periférico, incluso de ser marginal con relación a Europa (así mismo, Europa, estuvo a punto de llamarse la revista *Orpheu*); fue ese estigma el que, a lo largo de los tiempos, condicionó la vida cultural y política de un pequeño país situado en el extremo del continente europeo.

Contra esa situación y contra el aislamiento que implicaba, la generación modernista recoge, en otro contexto y con otros argumentos, el impulso antinacionalista que la generación del 70 en su tiempo había protagonizado. Pero ahora España no aparece como foco de referencia primordial, al menos para Fernando Pessoa. Antonio Sáez Delgado ha mostrado a propósito de esto varias cosas: que el interés de Fernando Pessoa por España fue escaso; que, en vez de eso, el gran poeta portugués siempre reveló, en materia lingüística y genéricamente cultural, una tendencia anglófila, consecuencia de su formación personal; que, en las décadas de los años 10 y 20, cuando irrumpen el modernismo portugués y el ultraísmo español, las relaciones literarias entre escritores de ambos países eran residuales y meramente episódicas<sup>14</sup>. O sea: nada de los impulsos iberistas de Latino Coelho, de Antero de Quental y de Oliveira Martins. A esto le añado lo siguiente: si hoy Fernando Pessoa es, en la literatura portuguesa e incluso más allá de ella, la estrella brillante que conocemos, en las primeras décadas del siglo era una personalidad poco más que recóndita, con una capacidad de intervención pública muy limitada.

Y, sin embargo, el poeta de *Mensagem* le dedicó alguna reflexión a materias que aquí he abordado. Sólo que esta ha quedado inédita, como le ha ocurrido a la mayor parte de sus producciones. Me refiero a un conjunto de textos sobre Iberia y sobre el iberismo, que no separo de un breve pasaje de otro texto (este efectivamente publicado en 1919), en que Pessoa, a la manera de Antero, se refiere a la decadencia portuguesa como resultado “del formidable esfuerzo con que realizamos los descubrimientos y las conquistas” (Pessoa, 1978, 106)<sup>15</sup>. Y a

<sup>14</sup> Véase Sáez Delgado, 2011; Sáez Delgado, 2012; Sáez Delgado, 2012a; Sáez Delgado, 2002.

<sup>15</sup> La primera publicación de este texto tuvo lugar en la revista *Açôro*, 1, mayo de 1919.

esto se reducen las semejanzas con el pensamiento anterioro y con lo que en ese pensamiento había de empeñado interés por la vida política española.

Esa reflexión sobre el iberismo está constituida por un conjunto de fragmentos<sup>16</sup>, en el tono de disertación tan pessoano y con eventual propósito orgánico que no llegó a cuajar. Forma parte de ese tono la postulación civilizacional que domina el pensamiento de Pessoa acerca de esta cuestión. En otros términos: no está aquí en causa un evento histórico concreto, como, en el caso de Antero, sucedió con la revolución española de 1868; las manifestaciones de Pessoa están dominadas por consideraciones vagamente históricas, geopolíticas y, como ya he dicho, civilizacionales, instancia que es, de hecho, dominante; aquí y allí surgen contradicciones, repeticiones y ambigüedades conceptuales explicadas por el carácter precario de estos fragmentos, junto a expresiones como “espíritu ibérico”, “alma ibérica” e “ibericidad espiritual”. Además, en la economía interna de Iberia, tal y como Pessoa la entiende, hay “tres nacionalidades esenciales – Cataluña, Castilla y las provincias que consiguió sumergir en su personalidad, y el estado galaico-portugués”. Lo que, digo yo, parece un escenario un tanto reductor.

Algunas ideas nucleares de un pensamiento que, como suele ocurrir en este autor, es convictamente afirmativo, a veces en el umbral de la arrogancia intelectual: existe (y ha de confirmarse en el futuro) una “civilización ibérica”, potenciada por el advenimiento de la República en Portugal; ese futuro civilizacional se enfrenta a un obstáculo, Castilla, “el gran enemigo de Iberia”, tal y como lo son Francia y Alemania; otro obstáculo: la “conocida táctica de absorción de Portugal por España” (dice Pessoa: “De los odios que la historia siembra, el odio del portugués al español imperialista es el único que ha quedado”); el “*fondo común del alma ibérica*” es “su carácter totalmente sintético ante las influencias ajenas”; no está en causa una federación, sino una confederación que, entre otras cosas, respete la diferenciación de los

<sup>16</sup> Publicados en Pessoa, 1980. Otra publicación (menos cuidada): “Da Ibéria e do Iberismo”, en Pessoa, 1987. Los textos referidos se encuentran *online* en Arquivo Pessoa (<http://arquivopessoa.net/textos>), sección “Sobre Portugal” (“Ibéria”), sitio del que proceden mis citas.

idiomas. Y Pessoa insiste en la cuestión lingüística, porque para él, como se sabe, la lengua encerraba una fuerte dimensión identitaria; y afirma:

Unamuno planteó la cuestión: ¿por qué no escribir en castellano? Si así fuera, prefiero escribir en inglés, que me dará un público más vasto que el castellano. Y soy tan castellano como inglés por la sangre y mucho más inglés que castellano pues mi educación es inglesa.

Conclusión de Pessoa, con aquel gustillo de altanería que en él era bien típico: “¿Por qué he de escribir en castellano? ¿Para que Unamuno pueda entenderme? Es pedir demasiado por tan poco.”

Termino, sin entrar en la delicada y bien actual (en particular en España) cuestión lingüística. Me fijo simplemente en que las ponderaciones pessoanas no tuvieron, ni podrían haber tenido, el impacto público que los llamamientos iberistas de Antero de Quental habían conocido medio siglo antes. Eran diferentes las circunstancias histórico-políticas<sup>17</sup>, diferentes las motivaciones ideológicas, la naturaleza y el destino de los textos y también la actitud intelectual de Fernando Pessoa. Lejos quedaba de estas reflexiones sueltas que he citado el tiempo de *Mensaje*, única obra en lengua portuguesa que Fernando Pessoa publicó en vida. En sus poemas de sentidos tan densos como enigmáticos y ambivalentes, es Portugal lo que está en causa, y, ya se sabe, Portugal era como el libro iba a titularse. Sea como sea, pensando el destino, los héroes y los mitos portugueses, hay en *Mensaje* una palabra extrañamente silenciada y que, debido a ese silencio, nos interpela: España.

<sup>17</sup> Uno de los fragmentos de Pessoa abre con estas palabras: “Varias razones se han aducido a favor de la entrada de Portugal en la guerra”. En ambiente de amplia polémica, Portugal entró en la Primera Guerra Mundial en 1916, por lo que este texto debe de ser de ese año o un poco anterior.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRITO, FERREIRA DE (1983), *Germano Meireles. Da geração coimbrã à geração de 70*, Porto, Associação de Jornalistas e Homens de Letras do Porto.
- CATROGA, FERNANDO (1993), “Nacionalistas e iberistas”, en J. Mattoso (dir.), *História de Portugal*, Lisboa, Círculo de Leitores, quinto tomo.
- LOURENÇO, A. APOLINÁRIO (2005), *Eça de Queirós e o Naturalismo na Península Ibérica*. Coimbra, Mar da Palavra.
- \_\_\_\_\_, “Um olhar sobre a Lusitânia. Portugal visto de Espanha”, *Revista de História das Ideias*, vol. 28.
- LOURENÇO, A. APOLINÁRIO, Alexia, Dotras Bravo (2010), “Da Ibéria à Hispânia, da Espanha à Ibéria”, *Revista de História das Ideias*, vol. 31, pp. 285-301.
- MOLINA, CÉSAR ANTONIO (1990), *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*, Madrid, Ediciones Akal.
- ORTIGÃO, RAMALHO, Eça de Queirós, (1871), *As Farpas*, maio.
- \_\_\_\_\_, (1871a), *As Farpas*, octubre.
- PEREIRA, MARIA DA CONCEIÇÃO (1995), *A Questão Ibérica. Imprensa e Opinião*, Porto, Fac. de Letras da Univ. do Porto.
- PESSOA, FERNANDO (1978), *Sobre Portugal. Introdução ao problema nacional*, Selección de textos: Maria Isabel Rocheta y Paula Morão, Introducción: Joel Serrão, Lisboa, Ática.
- \_\_\_\_\_, (1980), *Ultimatum e Páginas de Sociologia Política*, Selección de textos de Maria Isabel Rocheta y Maria Paula Morão, Introducción y organización de Joel Serrão, Lisboa, Ática.
- \_\_\_\_\_, (1987), *Obras em Prosa*, Lisboa, Círculo de Leitores, tomo III.
- QUEIRÓS, EÇA DE (s.d.), *Os Maias*, Lisboa, Livros do Brasil.
- \_\_\_\_\_, (1992), *A Capital! Começos duma Carreira*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- \_\_\_\_\_, (2000), *O Crime do Padre Amaro*, Edición de Carlos Reis y Maria do Rosário Cunha, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

- \_\_\_\_\_, (2003), *Contos II*, Edición de Marie-Hélène Piwnik, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- \_\_\_\_\_, (2008), *Correspondência*, Org. y notas de A. Campos Matos, Lisboa, Caminho, vol. I.
- \_\_\_\_\_, (2011), *Almanaques e outros dispersos*, Edición de Irene Fialho, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- \_\_\_\_\_, (1992), “Portugal perante a revolução de Espanha” en *Prosas Sócio-Políticas*, Publicadas y presentadas por Joel Serrão, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- REIS, Carlos (1990), *As Conferências do Casino*, Lisboa, Publicações Alfa.
- \_\_\_\_\_, (1999), “Um bardo dos tempos novos: a imagem queirosiana de Antero”, *Estudos Queirosianos*, Lisboa, Presença.
- REIS, CARLOS, M. da Natividade Pires, (1999a), *História Crítica da Literatura Portuguesa. O Romantismo*, 2ª ed. Lisboa, Editorial Verbo.
- SÁEZ DELGADO, ANTONIO (2002), *Adriano del Valle y Fernando Pessoa (Apuntes de una amistad)*, Gijón, Llibros del Peixe.
- \_\_\_\_\_, (2011), *Fernando Pessoa e Espanha*. S.l., Editora Licorne.
- \_\_\_\_\_, (2012), *Espíritus contemporáneos. Diálogos literarios luso-españoles entre el modernismo y la vanguardia*. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- \_\_\_\_\_, (2012a), *Nuevos espíritus contemporáneos. Diálogos literarios luso-españoles entre el modernismo y la vanguardia*, Sevilla, Editorial Renacimiento.
- UBIETO, A. et alii (1972), *Introducción a la Historia de España*, 9ª ed. Barcelona, Ed. Teide.
- UNAMUNO, Miguel de (1985), “Un pueblo suicida”, en MARCOS DE DIOS (ed.), *Escritos de Unamuno sobre Portugal*, Paris, Fund. Calouste Gulbenkian/Centro Cultural Português.
- URRUTIA, Jorge (2011), “El despertar del iberismo en torno a la revolución española de 1868”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, LXXVI.